

Severo Sarduy, *in memoriam*

Juan Goytisolo

A contrapelo de esa predisposición tan común a los escritores, y muy especialmente a los de nuestra madre España, a tomarse a sí mismos en serio en vez de tomar a pecho su propio trabajo, Severo Sarduy se tomaba a sí mismo a broma y afrontaba con rigor y escrupulosidad ejemplares su quehacer literario. Sin ceder nunca a la presión ideológica o comercial que ha desbaratado la carrera de tantos escritores de talento de nuestra generación, se convirtió, poco a poco, para mí y unos cuantos, en el paradigma del auténtico creador, este rarísimo espécimen de autor con cuyo rasero debemos medirnos, que incita a la emulación y escribe con la omnímoda libertad de quien no busca el halago público. Severo, digámoslo bien alto, no rebajó un centímetro su nivel literario a fin de conquistar lectores: forzó, al contrario, a un puñado de éstos a elevarse a su altura. No escribió para ganarse la vida; buscó el medio de ganarse la vida —su atalaya de asesor literario, primero en Éditions du Seuil y luego en Gallimard— para poder escribir. Con la invocación angélica o tutelar a Lezama Lima, trazó una estela ascendente hasta el bellísimo y conmovedor *Cocuyo*, que, junto a *Colibrí*, son en mi opinión sus obras maestras.

Un estilo inconfundible, leve, irónico, tierno, configura el territorio de su narrativa: una ínsula fértil, gozosa, barroca, llena de esplendor vegetal; prosa forjada con amor de orfebre, insólita y de imitación imposible; lectura que exige volver sobre ella para degustarla, como se saborea un sabroso manjar.

La ambición literaria de un escritor se manifiesta *ab ovo* en la elección del maestro: Severo Sarduy no se agrega al rebaño de los Cien Mil Hijos de García Márquez, ni al de los epígonos de Faulkner, ni al de los seguidores anémicos de la novela *tight*; poeta o funámbulo sin red, se arrima al magisterio de uno de los mayores y más arduos escritores castellanos de todos los tiempos: me refiero, claro está, al autor de *Paradiso* y *Oppiano Licario*. Si la inmensidad de Lezama dificultaba la empresa, Severo Sarduy se mostró capaz de asumir el riesgo, someterse al aprendizaje difícil y ganar la apuesta: crear ese lenguaje flexible y vivo, Caribeño hasta la médula, que le convierte junto a Cabrera Infante en el mejor novelista cubano de las últimas décadas.

Afincado en París, Severo no dejó de ser, al igual que su colega, el más cubano de los escritores de la diáspora; su humor, mestizaje idiomático, afortunada simbiosis de culturas, son fruto de esta isla bendecida por la naturaleza y maltratada por la opresión colonial, rapacidad gangsteril y monolitismo ideológico —locura ya hoy— de sus sucesivos tiranos. La historia nos depara a menudo tales sorpresas: como si para compensar con las desdichas político-sociales que infligen a un país proclamaran la aparición de un núcleo de artistas único en abundancia y grandeza. ¿Qué país de nuestra lengua puede presentar, en efecto, una lista tan impresionante

de narradores como la formada por Lezama Lima, Carpentier, Virgilio Piñeira, Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Severo Sarduy? Si el Premio Cervantes no se hubiera convertido ya en un muestrario de nuestro tradicional chalaneo, ¿no debería haber sido concedido *ex aequo* a esta luminaria de creadores excepcionales? Pero nuestra sociedad literaria parece percibir sólo la luz de los planetas extintos; como en tiempos de Larra y Clarín, confunde a los vivos con los cadáveres.

Una amistad personal de casi 30 años me autoriza a decir que he conocido a muy pocos escritores del fuste de Sarduy: sin ínfulas ni autosuficiencia, modestos, generosos y leales con los amigos, rebosantes de vida, embebidos de humor. Su frivolidad era la máscara de su hondura y nitidez; ni el rencor ni la envidia ni la maledicencia tenían cabida en él.

Como muchos santos del islam popular, cultivaba públicamente sus vicios y mantenía sus virtudes secretas. Sólo los amigos podremos en adelante dar testimonio de ello.

Al redactar estas líneas a vuelapluma me vienen a la memoria dos anécdotas.

Nueva York, a comienzos de los setenta: soy profesor visitante en NYU y estoy dando un curso a una veintena de estudiantes graduados sobre *Paradiso*, *Tres tristes tigres* y *De donde son los cantantes*. Mientras me esfuerzo en analizar la abigarrada composición de esta última novela, advierto que los estudiantes se rien a hurtadillas y hacen circular el ejemplar de una revista de mesa en mesa, felizmente sustraídos por algún diablillo o genio a la fúnebre seriedad de mis palabras. Al cabo, la tristeza de la exclusión y mi curiosidad son más fuertes: humildemente, les ruego que me pasen la revista y me permitan participar en su fiesta. Con audacia jovial, una muchacha me entrega un ejemplar de la edición hispana de *Cosmopolitan*: en una doble página en color, Severo, desnudo y tendido en un diván, se cubre con una mano discreta las partes pudendas. Aquella irrupción alegre del *cboteo* isleño fue probablemente uno de los mejores recuerdos de mi enseñanza profesional. Con malicia amistosa, Severo había introducido una nota carnavalesca en el curso: el cuerpo del delito del autor.

París, otoño de 1989, Instituto del Mundo Árabe: tras la proyección de un filme de Pierre Aubry consagrado a mi trabajo, el público inicia un coloquio acerca de san Juan de la Cruz, el sufismo y la simbología del pájaro, del vuelo a Simorg. Con esa gracia única de quien cita a Góngora y Villamediana con una chaquetilla de terciopelo verde y un vaso de daiquirí en la mano, Severo toma la palabra: proclama mi "santidad" con una autoridad y convicción que habrían hecho palidecer de envidia al mismísimo Papa y me transmuta en el san Juan de Barbés-Rochecouart —el barrio parisiense de los inmigrantes árabes, demolido hoy poco a poco, en solapada limpieza étnica, por el alcalde señor Chirac.

Días después caía enfermo y sufría las primeras acometidas de la pandemia que ha acabado con él y contra la que luchó hasta el fin con dignidad y fortaleza. Nuestra anterior frecuentación se redujo desde entonces a una intermitente relación telefónica, a veces melancólica y con referencias oblicuas al mal que le destruía, y otras, animada por esa euforia y afán de vivir que nunca le abandonaron. Hace pocas semanas, inquieto con los rumores que corrían sobre su estado le llamé para felicitarle por su último poemario y dispó aun con humor y estoicismo todas mis aprensiones: me hablaba de su pintura y sus nuevos textos con un optimismo que no

parecía fingido. A primeros de junio quise transmitirle el cariño y entusiasmo de su traductor y editor alemanes, con quienes hablé a menudo durante mi reciente estancia en Berlín. François Wahl se puso al teléfono y me engañó piadosamente: dijo que Severo había salido a hacer unos recados y me llamaría a su vuelta.

Su voz no me llegó y sí, en cambio, con días de retraso, la noticia de la muerte, no por temida menos cruel e hiriente. El verso de Luis Cernuda cifra cabalmente mis sentimientos ante su brusca ausencia: "El tiempo es duro y sin virtud los hombres./ Bien pocos seres que admirar te quedan". □

Si no existiera Sarduy

Juan Goytisolo

Nunca la expresión ha sido más cierta: si no existiera Severo Sarduy, habría que inventarlo. Cada época necesita un ejemplo de rigor extremo a la vez literario y moral con el que poder medir la obra y "carrera" de sus escritores, un punto de referencia. Severo cumple de maravilla este papel: a diferencia de la inmensa mayoría de sus compañeros de generación, no ha intentado adaptarse nunca a los gustos del público, conquistar la gloria efímera del *bestseller*. Amante y amado de los dioses de algún Parnaso nirvánico, ha sabido establecer claramente la diferencia entre el texto literario y el producto editorial; buscar relectores selectos, apasionados de sus novelas en vez de lectores numerosos pero olvidadizos de un género que se consume, digiere y expulsa exactamente como esos platos sugestivos, engañosamente representados en los menús y reclamos de las hamburgueserías; rehusar la novela en cuanto sistema literario forjado de una vez para siempre en favor de una realidad textual cuyo signo distintivo es precisamente el rechazo de toda forma fija y canonizada, la acuciante necesidad de ponerse a cada paso en tela de juicio; considerar el lenguaje no como algo que se hereda sino que se conquista músculo a músculo, trabado con él en sañuda e impicante lucha. Frente a la apetencia general por el producto bien empaquetado y de presentación amena, las modas que hoy consagran una literatura *light* engullible en menos de lo que copula un mosca —y cuyo único mérito posible sería el concedido por Céline a un admirador suyo, autor también de obrillas de hechura ligera: "la gran virtud de sus libros es la de que, cuando se me caen de las manos, no me aplastan los pies"—, Severo Sarduy ha proseguido el camino arduo de quien desdeña la facilidad y el carrierismo para fundar su propio territorio literario —no el mimético y vacío de los seguidores de un modelo único, llámese Kafka, Faulkner o García Márquez—, sino uno alimentado por sus infinitas conexiones con los textos más sabrosos de todas las épocas y culturas, islam y budismo incluidos. Sarduy sabe que no se puede escribir inocentemente una novela después de *La lozana andaluza* y *Gargantúa*, el *Quijote* y *Tristram*

Sbandy, Jacques el fatalista y Bouvard y Pécucbet, Joyce y Lezama Lima. Exento de esa vanidad fatal tan común en nuestros letraheridos, de aglutinar una cohorte de discípulos y aduladores —Lope los reunió a centenares, pero ni Rojas ni Delicado ni san Juan ni Quevedo ni Cervantes tuvieron ninguno en vida—, se ha esforzado, al revés, en crearse un árbol genealógico digno de un gran artista. Leer a Sarduy es así una perpetua fiesta de la inteligencia y de los sentidos; su humor, citas cultas, efectos cómicos y paródicos se integran en la fílmica de sus novelas con esa mezcla sabia de gravedad e ironía de los maestros que admira. Vivaz, enjundiosa, incitante, provocativa, su obra nos consuela de tanta insipidez programada, de tanta mediocridad levantada hasta los cuernos de la luna: para delicia de sus relectores se alza jubilosa, risueñamente fálica, en un sombrío panorama de desechos que no alcanzarían siquiera la melancólica nobleza de ruinas. □

© Juan Goytisolo, 1991